# La Bolsa

JOSÉ CARLOS ROVIRA

Cuando era muy niño oyó por primera vez la palabra en un juego que realizaban sus hermanos mayores. Iban vestidos de vaqueros y el hermano mayor los asaltaba al cambiar de habitación con un rotundo «la bolsa o la vida», que se le quedó pegado a los oídos con la sensación disyuntiva que intentaba entender. En una película comprobó que los bandoleros utilizaban el mismo lenguaje que su hermano y dedujo que lo que solicitaban imperativamente era el dinero, por lo que la bolsa era ese saquito atado en el que se guardaban los dineros; o sea, los doblones de oro, que hasta ese avance léxico tan sonoro como doblón había podido entender.

Poco tiempo después oyó que su padre le decía a su madre que alguien jugaba en Bolsa y que ellos deberían hacer lo mismo, por lo que asociativamente intentó comprender la relación que tenía aquel juego recomendado con las escenas vividas de vaqueros y bandoleros. Preguntó para entender, pero nadie le habló de la familia medieval de banqueros de Brujas, de los Van der Bourse que eran el origen de la palabra y la polisemia. Quiso que le compraran un juego de La Bolsa y le respondieron que ya tenía suficiente con «El Palé», que era el nombre español con topografía madrileña del mundialmente ejercitado Monopoly.

Mantiene estas sensaciones muy firmes en la memoria y las ha activado estos días en los que la palabra Bolsa se ha situado en el centro del lenguaje mediático, como si no hubiera otra. De la invisible tenacidad por entender en su infancia, de la extrañeza con que recibía los términos, de la polisemia terrible de aquella palabra que luego tuvo que situar en plural bajo los ojos y bajo la pelvis, le vino una aversión para comprender los términos asociados a la peripecia histórica de lo que crearon los Van der Bourse.

Le preocupan ahora la palabras vinculadas que oye en los informativos: no entiende lo que es el Ibex, aunque le suena a algo muy español, ni el Nikkei, que le parece algo japonés, ni el Nasdac, que

(Sigue en la página 28) ➜

➜ (Viene de la página 27)

# La Bolsa

tiene resonancias tan norteamericanas como el Dow Jones. No tiene ni idea de lo que significan estos índices que indican mal tiempo económico, desbarajuste absoluto también estos días.

Sabe por cultura general que la de New York se crispó un llamado jueves negro, que coincidía con el 24 de octubre de 1929, pero no sabe si fue ese día, o los sucesivos lunes y martes negros, cuando los grandes capitalistas se daban la vez en las colas de las terrazas de la gran ciudad para arrojarse al vacío, según cuenta Groucho Marx en uno de sus divertidos retazos memoriales.

Como no entiende lo que está pasando ni la preocupación relativa ambiente, se refugia en la literatura como medio de supervivencia. En un estante desordenado elige un libro para el fin de semana. Le salen siempre, en el desorden, libros inesperados e inconvenientes. Hoy ha encontrado el de un argentino, Julián Martel, que escribió a fines del siglo antepasado, o sea el XIX, una novela titulada «La Bolsa». Fue cuando la crisis de los 90 del siglo antepasado en Buenos Aires. El comienzo de la obra narra una lluvia y un viento en la Plaza de Mayo que golpea con fuerza el Palacio de Gobierno, el Cabildo y las columnas de la catedral, hasta llegar a la Bolsa de Comercio. Un viento simbólico que se acrecienta hacia el final, cuando el protagonista, arruinado por la crisis, ve un monstruo espantoso y aniquilador que no es otra cosa que La Bolsa metamorfoseada. Le aburre en cualquier caso la novela.

> Supone que el capitalismo terminará arreglando la situación y que, sólo sufrirán la crisis los que la han sufrido siempre, que no son los inversores, sino los centenares de millones de pobres que viven mal antes y después de las depresiones económicas

Supone que el capitalismo terminará arreglando la situación de alguna forma y que, a fin de cuentas, sólo sufrirán la crisis los que la han sufrido siempre, que no son los inversores, sino los centenares de millones de pobres del mundo que viven mal antes y después de las depresiones económicas.

En estas circunstancias es cuando piensa, como hacía en la juventud, si lo que está fracasando no es tanto el sistema financiero como el capitalismo, el arrollador liberalismo que realiza estos días la intervención, contradictoria con sus propios principios ideológicos, de los Estados en la economía, el intento de rescate de la misma mediante inversión pública multimillonaria, la socialización de las pérdidas tras períodos de gran privatización de las ganancias. No entenderá estas cosas ni ya pretende hacerlo. Ha recordado otra vez, desde luego, en consonancia con los centenares de millones de pobres del mundo que sufren su pobreza antes y después de la depresión, que lo que sigue fracasando es el capitalismo. ❑

**José Carlos Rovira** es catedrático de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Alicante.